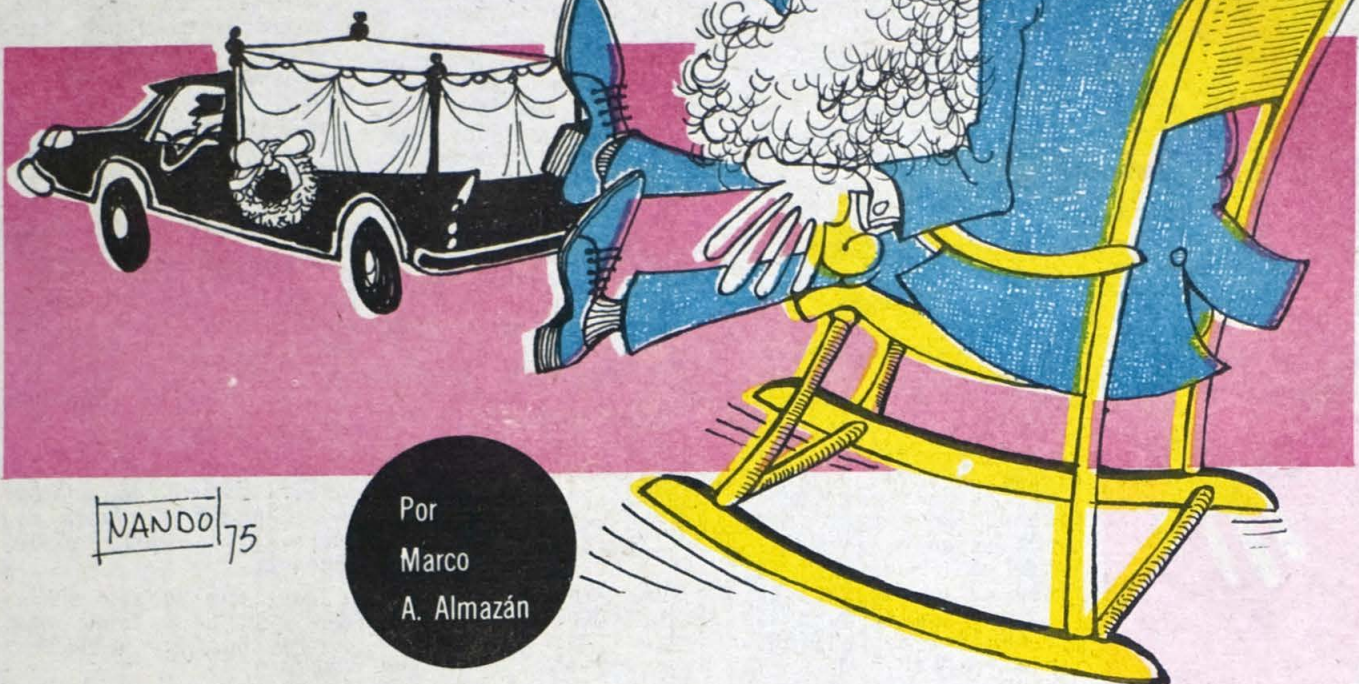


CLAROSCURO



Por
Marco
A. Almazán

EL ENTIERRO DE MI ENEMIGO

"Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el entierro de tu enemigo", dice un antiquísimo proverbio chino.

Como tal espectáculo me interesaba grandemente, me acomodé en una silla a la puerta de mi casa y me dispuse a aguardar con paciencia oriental todo el tiempo que fuera necesario.

Durante el primer año no sucedió nada. Por delante de mi puerta no pasó ningún entierro, ni de amigo, ni de enemigo. Tal circunstancia la atribuí principalmente a que mi domicilio se encuentra fuera de las rutas que conducen al cementerio, pero no por ello me descorazoné, ni mucho menos. A pesar de que al cabo de doce meses la postura de inmovilidad en una silla empieza a resultar cansada, decidí seguir esperando. Solamente me aprovisioné abundantemente de cerveza, periódicos y cigarrillos.

A mediados del segundo año pasaron los dependientes de una pescadería vecina con cestas llenas de ostras, cangrejos y langostinos de succulento aspecto. Les pregunté para quién eran y me respondieron que para don Fulano, es decir, mi enemigo. Confieso que la boca se me hizo agua, sobre todo porque desde hacía bastante tiempo mis deleites en el ramo de los mariscos se habían reducido al consumo de dos o tres latas de sardinas.

Algunas semanas más tarde vi a los empleados de una afamada salchichonería transportar unos jamones de excelente aspecto. Les pregunté para quién eran y me respondieron que para don Fulano, mi enemigo. Poco después, unas bellísimas señoritas

pasaron por delante de mi puerta con muchas risas y contoneos. Cuando les pregunté a dónde se dirigían, me contestaron que a casa de mi enemigo. Para entonces ya llevaba yo cerca de dos años de estar sentado a mi puerta, sin probar jamones ni jamonas, y mucho menos bellísimas señoritas.

Durante los años siguientes se produjo un tráfico incesante de mozos, empleados, repartidores, distribuidores, criados y cargadores, que llevaban ricas viandas, muebles lujosos, instrumentos musicales, cajas de vinos y licores, vajillas y valiosos objetos de arte. Todo ello para la casa de mi enemigo. Las mujeres más hermosas afluían cada vez en mayor número, envueltas en finos ropajes y dejando tras sí estelas de perfumes perturbadores. Y todas iban a casa de mi enemigo. Mientras tanto, yo había empezado a sentir un incómodo dolorcillo en el riñón derecho, cuya causa atribuí al tiempo que llevaba de estar sentado.

Continué en mi silla a la puerta de mi casa durante muchos años, alimentándome de galletas y bebiendo sólo agua. Vi pasar automóviles, equipos de aire acondicionado, candelabros de plata, cortinas de seda, arañas de cristal, aparatos de televisión a colores, colchas de raso, bidones de perfumes, latas de caviar y de angulas, botellas de whisky, coñac y champaña, salmones ahumados, actrices rubias, cortesanas pelirrojas, despampanantes morenas y hasta fogosas bailarinas negras. Todo con destino a la casa de mi enemigo. Pero de su entierro, nada.

A todo esto, yo ya me había convertido en un ancianito de luenga barba blanca y me habían extirpado un riñón, con inminente peligro de que me extirparan también el otro, que de cualquier manera estaba anquilosado. Y ustedes no tienen idea de lo incómodo y doloroso que es que le extirpen a uno un riñón —cualquiera de los dos— sentado en una silla a la puerta de la casa, esperando ver pasar el entierro de un enemigo. Confieso que empecé a sentirme un poquito harto. Pero recordé el sabio y antiquísimo proverbio chino, y decidí seguir esperando.

Un día, por fin, vi pasar a otros dependientes de la pescadería vecina. (Los que vi por primera vez, con las ostras, los cangrejos moros y los langostinos, hacía tiempo que habían muerto). Los empleados llevaban a casa de mi enemigo una cesta llena de truchas, las cuales les pedí que me dejaran oler. Desde el primer momento comprendí que no estaban en buenas condiciones, y que su ingestión bastaría para matar a un caballo. O a una manada de caballos, suponiendo que los caballos sean tan animales de comer truchas descompuestas. "¡Esta es mi última oportunidad!", me dije para mis adentros.

Y en efecto fue mi última oportunidad, aunque, por fortuna, bien certera. Al día siguiente, en impresionante limosina negra y seguido de un enorme séquito (mi enemigo había sido político la mayor parte de su vida), por fin pude ver pasar su entierro.

Los que sostenían mi camilla dicen que me alegré muchísimo.

Algo que tal vez
Ud. ignora

LAS ESPONJAS

Las esponjas han sido un dolor de cabeza para los biólogos que han tratado de clasificarlas. Su aspecto, similar al de una planta, engañó durante largo tiempo a los naturalistas. Finalmente fueron clasificadas como zoofitos, o sea, animales con aspecto de plantas.

En 1801, el famoso naturalista francés Lamarck (Jean Baptiste de Monet) las consideró animales y las clasificó entre los pólipos. Su esqueleto desnutrido tiene aspecto vítreo o pardo y sus poros están coloreados de vivos colores.

Las esponjas no tienen capacidad fotosintética. Son animales y como tales deben fabricar su materia viva partiendo de moléculas orgánicas ya elaboradas por otros seres. Son animales microfagos, que se nutren de bacterias y partículas que se encuentran en el agua. Estos extraños seres se fijan al fondo del mar y desarrollan formas arborescentes que crean la ilusión de una naturaleza vegetal.

ANTIBIOTICOS

En 1889, Paul Vuillemin, químico y biólogo francés, empleó el término antibiótico para denominar aquellos organismos vivos capaces de impedir la vida de otros microorganismos.

Louis Pasteur, en el año 1877, había observado que el bacilo del carbunco no se desarrollaba en presencia de algunas bacterias no patógenas. Dejó constancia del hecho pero no se interesó por establecer las causas del fenómeno.

En 1928, Alexander Fleming observó por casualidad un cultivo de bacterias que no se multiplicaban en una zona ocupada por un moho, el *Penicillium notatum*. A la sustancia bactericida producida por el moho le dio el nombre de penicilina pero no logró aislarla. En 1940, el médico Howard W. Florey, trabajando con el fisiólogo Ernest B. Chain, aisló la penicilina y la entregó a la medicina como aporte al esfuerzo bélico de los aliados.

Estos dos médicos británicos compartieron con Fleming, de la misma nacionalidad, el Premio Nobel de fisiología y medicina en 1945.

La producción de antibióticos continuó con mucho éxito. Selman A. Waksman aisló la estreptomycin, y luego siguieron la cloromicetina, el cloranfenicol, la aureomicina y muchos otros.

Hablemos

de *El Diario de Hoy*

San Salvador, 11 de Mayo de 1975.

Segunda Epoca, Año 4, N.º. 169.

Luís Fuentes Hernández.
Rosa María Espinosa
Altamirano.
César Temes
Pedro Antonio Rodríguez
Carlos Mauricio Escobar



Impreso y Editado por
Editorial
Altamirano Madriz, S. A.
en los talleres de
"El Diario de Hoy"